



Pablo Mourier

El Chino y El Hueso

V

RELATOS
DEL SUR

El Chino y El Hueso

El Chino era policía. Botón, cana, yuta, rati, gorra, poli, vigilante, era todo eso sin tener ninguna vocación para serlo. En el barrio teníamos en claro por qué se había metido a policía: para entrar a la cancha los días de partido, eso era lo único que le importaba. El Chino enloquecía por seguir al equipo, por tener a los jugadores ahí nomás, por decirles algo cuando se acercaban a patear un corner o estaban por hacer un lateral. Para no correr riesgos, apenas pudo pidió el pase a la División Perros. Eso le aseguraba estar en la cancha cada vez que jugaba el equipo, siempre pegado al alambrado, igual que nosotros pero del lado de adentro. Poco le importaban las puteadas por el uniforme, las escupidas y las botellas con meo que le tiraban desde las tribunas. Una vez la pasó feo en serio, fue la tarde del gol olímpico, la vez que se metió en la cancha para abrazarse con el siete nuestro. En medio de la euforia, su perro le mordió la pierna al wing y tuvieron que llevárselo en camilla, tenía todos los dientes marcados. Enardecidos, un grupo de hinchas rompió el alambrado y entró. El Chino rajó para el otro arco pero lo alcanzaron. Decí que el perro lo defendió, que si no, lo mataban a patadas. El pobre punterito estuvo tres meses con muletas, más o menos lo mismo que duró la sanción que le metieron al Chino. Cuando hacía esos desastres lo borraban por un tiempo, pero al final siempre volvía. Los jefes lo bancaban, ver su fanatismo demencial los

divertía.

El Chino me venía hablando del perro desde hacía rato, pero lo de aquella tarde fue demasiado.

—Miralo —me dijo con una sonrisa, se le notaba el orgullo—, ¿no reconocés la manera de pararse?

La verdad, yo no tenía ni idea de qué me hablaba.

—¿Sabés cuándo nació? —me preguntó— El 14 de febrero de 2009.

Le sonreí y me quedé callado, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¡No me mirés así, pelotudo! —saltó—, ¿no te dice nada la fecha? 14 de febrero de 2009, el día que se murió El Hueso. ¡Tenés que ser medio pelotudo para olvidarte del Hueso!

¡Cómo iba a olvidarme del Hueso! Si fue el enganche más vistoso en toda la historia del club, esto fue allá por la década del setenta. El Chino no lo había visto jugar, pero conocía de memoria cada una de sus goles y epopeyas, sus récords jamás igualados, las mañas para provocar a los rivales, el aguante cuando lo molían a patadas, ¡hasta las expulsiones recordaba! Arriba del armario tenía una caja llena de revistas, recortes de diarios, fotos, apuntes. Nosotros nos dábamos cuenta: al Chino no le funcionaba bien la cabeza, era evidente que algo le fallaba. Obviamente que nadie le decía nada, ¡qué le ibas a decir, si el tipo era feliz con esas cosas!

No sé por qué, esa vez no le seguí la corriente. Lo interrumpí y le pregunté de frente:

—Para, Chino, ¿vos me estás diciendo que el perro es El Hueso?

—¡La reencarnación, pelotudo! —saltó— Mirá la manera de pararse, miralo bien y decime si no es El Hueso. ¿No te das cuenta?

Yo no sabía qué decirle, pero El Chino seguía hablando solo.

—Me da no sé qué tenerlo atado... Justo a él, que zafaba de cualquier marca. ¿Te imaginás lo que debe sufrir mirando el

partido desde afuera? Mirá esa manera de pararse, ¿sabés cómo les pintaría la cara a todos estos muertos! El guacho sabe gruñir, en las difíciles muestra los dientes, tiene más potrero que ninguno de estos giles.

El Chino ya no pretendía que opinara, se había embalado y no paraba ni para respirar.

—Vez pasada se puso tan loco que no podía manejarlo, no lo dejaba patear el córner al punterito de ellos. Por ahí fue por el cagazo, qué sé yo, pero la verdad es que el pibe pateó un centro horrible, una masita a las manos de nuestro arquero. Nadie era más pillo que El Hueso para poner nervioso a un rival, y este tiene sus mismas mañas, ¿entendés?

Lo único que yo entendía era que El Chino estaba obsesionado, pero no iba a ser yo quien se lo dijera. Al final se dio cuenta solo y no le gustó:

—¿Y vos qué te quedás mirando? —se enojó— ¡Ya te dije que no me mirés así! Sos un salame, ya te vas a dar cuenta vos también que es El Hueso.

Fue una lástima, pero los escándalos se volvieron cada vez más frecuentes. El Chino se fue haciendo conocido por sus locuras, más todavía cuando vinieron a entrevistarlo para un programa de cable. Eso no le hizo bien, volverse famoso lo llevó a cometer algunos excesos, a meter la pata. Tampoco nada grave, macanas que nos mandamos todos, pero como él era negro y policía, no se lo perdonaban. Al final, El Chino se convirtió en un personaje incómodo. Ante la consulta de sus jefes, el psiquiatra de la Fuerza indicó cambiarle el perro. ¡Decime si no fue una crueldad! Yo no sabía cómo consolarlo, si yo también estaba llorando. Es que estos tipos tienen diploma de médico pero son unos burros, ¿en su vida fueron a una cancha!

El Chino ya venía mal, pero que lo separaran del perro le provocó un brote psicótico severo y una urgente internación

en la clínica policial. Ahí no sé qué paso, fue todo tan rápido. Tal vez estuvo mal atendido, o por ahí la depresión fue más fuerte. La cuestión es que El Chino falleció pocos días más tarde, lejos de su amado compañero.

Viví la historia desde adentro. Si no la conté hasta ahora fue por respeto al Chino, para que no se burlaran de él más de lo que ya se burlaban. Cambié de opinión ayer, en la cancha, sufriendo el clásico desde la tribuna, insultando al wing que venía a patear el córner tan cerca del alambrado. Del otro lado reconocí al Hueso. Estaba un poco más viejo, canoso y con el hocico sin brillo, pero mantenía los bríos de siempre. Ladraba y le mostraba los dientes a un rival asustado. A la par del Hueso había otro perro. El policía que lo llevaba apenas podía retenerlo, la correa parecía a punto de cortarse de tanto que tironeaba. Era un perro más joven, de pelaje muy negro y temperamento exaltado, puro nervio. Sentí que ya lo conocía, que nos conocíamos desde siempre, es por eso que lo cuento. El próximo partido en nuestra cancha, les pido que lo busquen, que lo busquen cerca del alambrado y que lo miren bien. Díganme si no reconocen esa manera de pararse.

